

> de seguir una trayectoria propia y el proyecto de la Escola d'Art Dramàtic Adrià Gual ("penso que potser també és una errada sacrificar la meua carrera teatral per tirar endavant l'Escola", anota el 28 de enero de 1963). En 1966, Salvat aceptó dirigir *La buena persona de Sezuán*, de Bertold Brecht, en Madrid, en castellano, con Núria Espert, lo que desencadenó una polémica porque representaba un cambio de punto de vista: aprovechar pragmáticamente las oportunidades que se le brindaban, abrirse al teatro profesional, buscar la manera de proyectar el teatro de vanguardia y llegar a otro tipo de público. En el mismo momento se produce también la ruptura con María Aurèlia Capmany, sobre la que pasa de puntillas. Algo más tarde, de distancia de Espriu.

En muchas anotaciones de 1962, 1963 o 1964, Salvat constata el efecto demolador del franquismo sobre la gente, la incapacidad para llegar a los espectadores, salvo a un pequeño núcleo de iniciados, la estulticia del personal que se ha acostumbrado a vivir en un mundo en el cual no hay conflictos, refractario a todo lo que sea sensibilidad, pensamiento y crítica. Los señores de Barcelona, por ejemplo, que van a ver *L'ecclisse* de Antonioni en el cine Alexandra, y ca-

Salvat se retrata como un hombre con una necesidad absoluta de soledad, ascético y narcisista intelectual

da vez que Monica Vittì aparece deambulando por la calle exclaman: "Mira, ja torna a fer quilòmetres".

Mientras preparaba la exposición *Salvador Espriu. Hemirat aquesta terra* en el CCCB tuve contacto con algunos actores de la Escola d'Art Dramàtic Adrià Gual y con el ayudante de dirección de Salvat en la escuela, Josep Anton Codina. Me hablaron de un hombre taciturno, cerrado, que se corresponde con el perfil que ofrece en una anotación del 16 de julio de 1966, a propósito de Salvador Espriu: "I és això el que em fa por d'ell: aquesta necessitat absoluta de soledat, de cloure's en ell mateix; aquest narcisisme intel·lectual; aquesta indiferència cap a tota prioritat (que després, per estranya i sempre inesperada generositat, sap vèncer); la seva actitud escèptica, estoica, però amb la seva manca fonamental. A mi em fa molta por que ens assemblen més del que podria semblar. Jo també tinc molts d'aquests defectes que veig en ell, i de vegades encara més exageradament".

A pesar de este carácter reservado, Salvat vivió intensamente su época. Una gran crónica de unos años decisivos. |

Rikard Salvat
Dietaris (1962-1968)

UNIVERSITAT DE BARCELONA EDICIONS. 538 PÁGINAS. 32 EUROS.

Narrativa El áter ego de Rezzori, Aristides, lleva 19 años acumulando material para escribir su biografía. El resultado: un universo infinito de ideas

Una novela desbordada



El escritor Gregor von Rezzori

ULF ANDERSEN / GETTY

ROBERT SALADRIGAS

De igual manera que en 2009 Anagrama asumió la responsabilidad de reunir en un voluminoso libro (casi 900 páginas) y bajo el título *La gran trilogía*, tres libros capitales de la narrativa europea moderna debidos a Gregor von Rezzori (Chernivtsi, Bucovina, 1914, por entonces parte del imperio austrohúngaro-Toscana 1998) cuyos títulos eran *Un armijo en Chernopol*, *Memorias de un antisemita* y *Flores en la nieve* —escribí sobre ellos en *Cultura/s* del 25/III/2009—, ahora la editorial mexicana Sexto Piso divulga por primera vez en español la que parece ser obra cimera de Von Rezzori que publicó en 1976: *La muerte de mi hermano Abel* (*Der Tod meines Bruders Abel*), en la extraordinaria versión del traductor cubano José Anibal Campos. Para hacerse una idea de la naturaleza de la narración, basta echar un vistazo a la nota

del traductor que cierra el tomo.

¿Cuál es la esencia de la anécdota, aquello que admite ser contado de la trama? Aristides Subicz, rumano, guionista de cine, experto amante de prostitutas y mujeres importantes que ha vivido en primer plano la turbulenta historia europea de la ascen-

un aristócrata

Nacido en 1914 en Chernivtsi en el seno de una familia aristocrática, Gregor von Rezzori vivió en Bucarest, Alemania Oriental y la Toscana. Además de su prolífica actividad novelística, fue un destacado periodista e ilustrador y realizó incursiones en la radio, el cine y la televisión.

sión y caída del régimen de Hitler —asistió en calidad de testigo a los nueve meses de sesiones del juicio de Nuremberg—, lleva diecinueve años acumulando materiales para una novela que ha de reflejar su autobiografía de ciudadano escindido por la historia y la memoria viva de un continente que bajo los escombros de la guerra ha perdido su identidad. Subicz se entrevista con Jacob G. Brodny, un afamado agente literario judío que le pide lo absurdo: la sinopsis de la novela, con la que aspirará al Nobel de literatura, reducida a "tres frases". Inconcebible, porque lo que el agente —ni el lector desinformado— puede imaginar es que Subicz tiene su propio método de trabajo consistente en no desechar nada digno de ser aprovechado, de manera que en su criterio una idea lleva a otra y así, tirando de los hilos hasta donde nos conduzcan, sin siquiera pensar en trenzarlos, puede abarcarse un continente, el mundo entero, el universo infinito...

Rezzori lo describe con precisión en la página 152. No podría contarle la *story* (al asombrado Brodny) porque "esta prolifera entre mis manos sin que yo intervenga en absoluto, actúa por su cuenta, se multiplica en una suerte de partenogénesis incontrolable. Cualquier cosa que narre, da lugar a otra narración. Cualquier histo-

El protagonista es rumano, guionista de cine, testigo en Nuremberg, escindido por la historia

ria genera otras diez: un crecimiento celular híbrido que no es posible controlar a través de ninguna forma". En otras palabras, que *La muerte de mi hermano Abel* establece una propuesta rupturista de novela sin armadura de tal: un cúmulo de textos formidables en cuanto a estilo pero sin encaje en una estructura, que se despliegan al antojo del escritor, ajenos a cualquier *tempo* narrativo, esquema, ritmo o control; y así sucumben a la morosidad y a lo trivial, provocan en uno una fatiga a la larga insostenible, y se acaba con la sensación de que en ningún momento se ha tratado de ordenar el caos abrumador de la historia que desborda el texto ambiguamente novelístico.

¿Qué sentido tiene un libro de tales características a día de hoy? El mismo narrador se lo pregunta en el diálogo imaginario con Johannes Schwab, su alter ego: "Jamás debimos azuzarnos a escribir mutuamente. ¿Para qué? ¿Para quién? ¿Con qué fin?". ¿Tal vez para canalizar el desorden interior de un talento que aspiraba a rebasar todo límite? ¿Quizá, simplemente, para ser leído en crudo —a lo Robert Musil— sin artificios? ¿Por qué no? El reto es serio. |

Gregor von Rezzori

La muerte de mi hermano Abel

SEXTO PISO. TRADUCCIÓN DE JOSÉ ANIBAL CAMPOS. 806 PÁGINAS. 33 EUROS